

# Víctor Lapuente

## Decálogo del buen ciudadano

Cómo ser mejores personas en un mundo narcisista



**PENÍNSULA**

Víctor Lapuente  
**Decálogo del buen  
ciudadano**

Cómo ser mejores personas en un mundo narcisista

© Víctor Lapuente Giné, 2021

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados.

Primera edición: enero de 2021

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2021  
Edicions Península,  
Diagonal 662-664  
08034 Barcelona  
[edicionesperinsula@planeta.es](mailto:edicionesperinsula@planeta.es)  
[www.edicionesperinsula.com](http://www.edicionesperinsula.com)

REALIZACIÓN PLANETA - fotocomposición  
Depósito legal: B-B. 21.759-2020  
ISBN: 978-84-9942-959-5

## ÍNDICE

Prólogo. Una ética para el siglo XXI	II
1. BUSCA AL ENEMIGO DENTRO DE TI	25
2. NO TE MIRES AL ESPEJO	39
3. AGRADECE	55
4. AMA A UN DIOS POR ENCIMA DE TODAS LAS COSAS	77
5. NO ADORES A FALSOS DIOSES	109
6. DA A DIOS LO QUE ES DE DIOS, Y AL CÉSAR LO QUE ES DEL CÉSAR	137
7. CULTIVA LAS SIETE VIRTUDES CAPITALES: CORAJE, TEMPLANZA, PRUDENCIA, JUSTICIA, AMOR, FE Y ESPERANZA	163
8. PONTE EN LA CABEZA DE TU ADVERSARIO	191
9. NO TE SIENTAS VÍCTIMA	217
10. ABRAZA LA INCERTIDUMBRE	243
Agradecimientos	269

## CAPÍTULO I

# BUSCA AL ENEMIGO DENTRO DE TI

La línea que separa el bien del mal no pasa entre Estados, ni entre clases, ni entre ideologías, sino que atraviesa el corazón de cada ser humano.

ALEKSANDR SOLZHENITSYN

### LA MÁQUINA DEL PLACER

Año 2030. Expertos en neuropsicología han diseñado un artificio que te permite sentir cualquier placer concebible. Puedes ponerte en la piel de Messi metiendo el penalti decisivo en la final de la Champions, Steve Jobs cuando presentó el iPad, Marie Curie en su momento Eureka, o Jennifer Aniston en una romántica cena de reencuentro con Brad Pitt. Y no una vez, sino constantemente. Es la «máquina del placer», como la llamó el filósofo Robert Nozick.

Apretando un botón en el lomo de este libro, tienes la opción de conectar tu cerebro a ese aparato sensorial para el resto de tus días ¿Lo harías? Seguramente no. Seguramente preferirías esta vida —fallando goles cantados en las pachangas de domingo con tus amigos sobre campos embarrados, encadenando citas frustrantes en Tinder y sufriendo esa artritis cró-

nica que te machaca por las mañanas— antes que los placeres eternos de una máquina.

¿Por qué? Pues porque la vida tiene para nosotros un valor que va más allá de ser un instrumento para pasarlo bien. La existencia no es un medio para nuestra diversión. No sabemos exactamente en qué consiste ese valor de la vida, pero los artistas, que suelen captar las profundidades del alma humana mejor que los científicos, nos recuerdan a menudo que los futuros distópicos más aterradores no están llenos de padecimientos y torturas, sino de goces perpetuos. Los placeres continuados, estén producidos por una poderosa droga, como la soma de *Un mundo feliz* de Aldous Huxley, por una entretenida película, como *La broma infinita* de David Foster Wallace, o por una realidad virtual, como el *Matrix* de los hermanos Wachowski, no nos llenan. Para los religiosos, este es también el núcleo de uno de los pasajes más famosos de la Biblia: «¿De qué le sirve a una persona ganar el mundo entero, si pierde su alma?» (Mateo 16, 26). La vida es algo más que la acumulación de bienes y la obtención de satisfacciones.

## OPULENCIA Y ANSIEDAD

De forma paralela, las causas del malestar que rodea nuestras sociedades modernas no son materiales, sino inmateriales. Vivimos en el periodo de mayor opulencia de la historia. A nivel global, todos los indicadores objetivos están en máximos: somos más longevos, ricos, educados, y estamos más protegidos contra el hambre, la violencia, la enfermedad y otros caballos del Apocalipsis que en cualquier otra época. Somos la generación que disfruta de más lujos y comodidades de todas las que han pisado la faz de la Tierra, pero también somos la más angustiada y deprimida.

Vivimos más años que nuestros ancestros: 72 años de media en todo el planeta frente a los 48 de 1950. Y, en países como España, Japón o Suiza, la esperanza de vida supera ya los 83 años. A pesar de las tensiones producidas por la COVID-19 en nuestros sistemas sanitarios, las mejoras en salud durante las últimas décadas han sido espectaculares. Ha caído el 99% la probabilidad de que una mujer muera dando a luz. También somos más ricos. Los ingresos de la mitad más pobre de la población mundial se han doblado desde 1980. En 1990, casi 2.000 millones de personas en el mundo vivían con menos de dos dólares al día. En la actualidad, son 700 millones, constituyendo la mayor caída de pobreza en la historia de la humanidad.

Además, estamos más educados (aunque no sé si también somos más educados). En el siglo XIX, el 90% de la población mundial no sabía leer. Ahora, es menos del 15%. Y nos agredimos menos. Mientras en las sociedades tradicionales el 15% de todas las muertes eran provocadas por la violencia, en el siglo XX, pese a las grandes guerras, la violencia fue «solo» responsable del 5% de los fallecimientos en todo el mundo. Hoy únicamente el 1% de las muertes son violentas. Todo esto es particularmente cierto para Europa, donde, en palabras de Barack Obama, se han alcanzado en la actualidad los mayores estándares de vida en el devenir de nuestra especie.

El coronavirus es una tragedia sorprendente, pero el hecho de que nos llame tanto la atención se debe precisamente a su carácter excepcional. Hasta hace un suspiro en términos históricos, las pestes y las pandemias que segaban la vida a millones de personas eran la norma. Sufrías la peste bubónica en tu infancia, una plaga desconocida en la adolescencia y un par de pandemias hasta que, si tenías suerte, llegabas a la anciana edad de 50 años.

Pese a vivir en un entorno tan seguro, jamás los seres humanos hemos sufrido tanta ansiedad. Cada día más ciudadanos,

especialmente los jóvenes, padecen enfermedades mentales. Y necesitan consumir más drogas, tanto legales como ilegales. Hoy más estadounidenses mueren por sobredosis de opiáceos que en accidentes de coche —una triste metáfora de cómo la mayor causante de nuestro daño es nuestra propia voluntad—. El consumo de ansiolíticos se ha disparado en todo Occidente. Incluso en países donde este problema no ha hecho más que empezar, las cifras empiezan a ser alarmantes. Así, las autoridades españolas advierten que se ha triplicado la ingesta de hipnosedantes en apenas doce años. Para muchos la presión vital es insoportable y cada dos horas y media se quita la vida una persona en España. Los suicidios han ido creciendo en los últimos años, superando en once veces a los homicidios y son la primera causa de muerte no natural en nuestro país desde hace más de una década. En Estados Unidos, los suicidios juveniles han aumentado un 56% en diez años, convirtiéndose en la segunda causa de todo tipo de fallecimientos, incluyendo las enfermedades.

Junto a la ansiedad se ha catapultado el miedo. Miedo a la tecnología (tecnopesimismo), a la globalización (repliegue de las fronteras) y a las élites (populismo). Una omnipresente y amenazadora sensación de decadencia, en palabras de la científica social Sophia Gaston, flota sobre todo Occidente. Dos tercios de los británicos creen que la vida solía ser mejor en el pasado, y dos tercios de franceses no se sienten en casa en su propio país. En una encuesta realizada en 28 democracias ricas antes de la crisis de 2020, más de la mitad de las personas creían que sus condiciones de vida se estancarían o empeorarían en el futuro.

## EL ENEMIGO DE LA CONFIANZA

El miedo es enemigo de la confianza. Y se nota hasta en las democracias relativamente jóvenes, donde uno esperaría que



sus integrantes tuvieran mayores dosis de esperanza. Los españoles, que se encontraban entre los europeos que más confiaban en sus instituciones políticas antes de la crisis financiera de 2008, ahora están entre los más recelosos. El 88 % desconfía de los partidos, el 79 % del Congreso y el 76 % del Gobierno. Y en la sociedad tradicionalmente más confiada de Occidente, Estados Unidos, la confianza ha caído a mínimos históricos. Ahora, solo el 27 % de americanos confía en los bancos, el 20 % en los periódicos, el 19 % en el Gobierno federal y el 9 % en el Congreso.

Y, cuando pensamos en «los otros», en los enemigos de nuestra tribu, se nos dispara el *miedómetro*. En las presidenciales de 2016 el 53 % de los ciudadanos confesaba que tendría miedo si ganaba Hillary Clinton, mientras que el 57 % se atemorizaría si, como sucedió, vencía Donald Trump. De 2016 a 2020, el miedo ha seguido creciendo.

Hoy, solo el 52 % de los estadounidenses confía en sus propios vecinos. Entre los más jóvenes, la confianza en los demás se ha hundido un 40 % durante las últimas tres décadas. Si, como señalan infinidad de estudios, la confianza es el pilar intangible del progreso social, en los próximos años pagaremos las consecuencias de este desplome en la fe colectiva.

El contraste entre el bienestar objetivo y el malestar objetivo de nuestro tiempo tiene efectos perniciosos sobre la democracia. Entre las generaciones de americanos más mayores, más de dos tercios creen que es extremadamente importante vivir en una democracia. Sin embargo, entre los *millennials*, menos de un tercio está de acuerdo con esta idea. En 1995, solo uno de cada 16 americanos creía que un gobierno militar podría ser una buena solución a los problemas colectivos. Hoy es uno de cada seis. En España, el 57 % de ciudadanos estaba satisfecho con el funcionamiento de la democracia en 2006.

Quince años después, la gran mayoría suspende a todas nuestras instituciones democráticas.

### ENTROPÍA MORAL

El factor que se utiliza habitualmente para explicar nuestro desasosiego social, desencanto, indignación o crispación, es el aumento de la desigualdad económica. Si unos pocos acumulan mucha riqueza, el resto de las personas naturalmente empieza a sospechar del sistema. Y es innegable que, en el interior de los países occidentales, la desigualdad de ingresos lleva años creciendo, invisible y silenciosamente, como un tumor lento. Aunque el mundo en su conjunto es más igualitario, porque los países emergentes están reduciendo su distancia con las economías avanzadas, dentro de Estados Unidos, España, Reino Unido o Italia, entre otros, se ha ampliado la brecha entre lo que ganan los más privilegiados (el 1 % de superricos y, sobre todo, el 0,1 % de megarricos) y los demás.

La desigualdad erosiona la estabilidad social. El politólogo Jeffrey Winters ha estudiado varias civilizaciones, a lo largo de la historia y a lo ancho del planeta, donde la riqueza se había concentrado en una pequeña élite. Y ha encontrado que, cuando en esas sociedades se intentó corregir la desigualdad galopante, ya fuera por parte de gobernantes responsables o gobernados hastiados, de patricios o plebeyos, el resultado fue siempre sangre y caos. El Imperio romano fue devorado por luchas intestinas que acabaron favoreciendo las invasiones bárbaras, y las monarquías de Francia y Rusia fueron descabezadas en revoluciones cruentas.

Sin embargo, aun en los países donde más se ha disparado la desigualdad, como Estados Unidos, no podemos obviar otros datos que apuntan a una mejor distribución del bienestar

material. La desigualdad no ha crecido tanto en términos de consumo como en el de los ingresos. Por eso los menos privilegiados hoy tienen acceso a más bienes tecnológicos o de confort doméstico que hace unas décadas. Además, si ampliamos la perspectiva temporal, las clases acomodadas han aumentado. Así, las personas que, por formación e ingresos, pertenecen a la clase media-alta han pasado del 12 al 30 % de la población estadounidense.

Pero incluso si admitimos que nuestras sociedades se han vuelto más desiguales, esto no puede ser la causa de la caída de la confianza en las instituciones. Se trata de una cuestión de pura lógica, porque nos volvimos más desconfiados antes de volvernos más desiguales. En Estados Unidos, donde existen las encuestas históricas más fiables sobre el tema, fue a finales de los años sesenta y principios de los setenta cuando los ciudadanos empezaron a perder su fe en las instituciones. Es decir, cuando el país estaba de hecho atravesando uno de los periodos más igualitarios de su historia. Dicho de otro modo, es más plausible pensar que el crecimiento de la desigualdad ha sido la consecuencia, y no la causa, de la caída de confianza en las instituciones. O que existe un factor oculto, algo que se nos ha pasado por alto en la mayoría de los análisis sociales y que explica los dos fenómenos: la subida de la desigualdad y el desplome de la confianza.

Para identificar esa causa X, para entender de dónde viene la aguda sensación de crisis sistémica que compartimos hoy, miremos a otros momentos difíciles de la historia. ¿Cuál es la variable más repetida en el hundimiento de cualquier imperio, reino o república, a juicio de quienes lo presenciaron? La decadencia moral.

No obstante, cuando oímos ese concepto, no le prestamos atención, ni aun que el testimonio provenga de los observadores más sagaces de la historia, como los filósofos griegos y

romanos que dedicaron sus mejores páginas a la denuncia de la entropía moral o degradación de las virtudes. La palabra «moral» no nos gusta. Remueve algo en nuestro interior que preferimos dejar en paz: nuestra responsabilidad individual. Además, a diferencia de otros fenómenos, como la escasez de mano de obra, el agotamiento de los recursos naturales, los cambios en las instituciones democráticas o el clima, la calidad moral de una sociedad no puede medirse fácilmente. Pero que no se pueda medir no significa que no exista.

La caída del experimento democrático a mayor escala del mundo antiguo, la república romana, también se debió, según sus cronistas, a un problema de desgaste moral. Cicerón, Tito Livio, Salustio, Tácito, todos estos escritores subrayaron que tanto el desmoronamiento de la democracia en Roma como de sus antecedentes en la Grecia clásica fue consecuencia del abandono de las virtudes, sobre todo por parte de sus élites. En lugar de gobernar austera y ejemplarmente, los representantes políticos del pueblo se entregaron a la autosatisfacción, a la *ambitio*, *luxuria*, *avaritia* y *libido*, como apunta la historiadora Barbara Levick.

En el siglo XVIII, cuando el mundo empezaba a apostar de nuevo por las prácticas democráticas que se ensayarían en Europa y en las excolonias británicas en América, voces tan autorizadas como las de Edward Gibbon o el barón de Montesquieu advirtieron de la necesidad de prepararse para evitar esa corrupción moral que había devorado a las sociedades abiertas antiguas. Las exhortaciones de estos intelectuales calaron en los políticos que diseñaron las democracias que, con sus más y sus menos, han sobrevivido hasta nuestros días como la norteamericana.

Han durado porque estaban fundadas en una premisa fundamental: que el principal desafío para la convivencia democrática nunca es externo, sino que proviene del interior del ser

humano. El enemigo está dentro de nosotros, con lo que, como sociedades, requerimos de un entramado moral fabulosamente sólido para resolver los conflictos entre nuestros intereses privados y los de nuestro barrio, municipio, región o país.

Si fuéramos uno de los ocho hombres y siete mujeres que en 1816 colonizaron la remota isla de Tristán de Acuña, perdida en medio del Atlántico a 2.400 kilómetros del islote de Santa Elena, sería fácil disciplinar los comportamientos díscolos. Enseguida sabríamos quién roba gallinas. En pequeños grupos podemos controlar las acciones de los demás. Pero en poblaciones más grandes y diversas es más difícil ejercer presión social. Vivimos bajo el riesgo permanente de que se extienda la entropía moral y la fatiga paulatina de las virtudes públicas.

Por eso, durante miles de años, los humanos raras veces hemos formado comunidades con más de 150 miembros. Es el llamado «número de Dunbar», en honor del antropólogo Robin Dunbar, quien descubrió que la población de muchos agrupamientos humanos, de las tribus de cazadores-recolectores en la Polinesia actual a la Mesopotamia neolítica, pasando por las aldeas de la Cerdeña y muchas comunidades amish, se aproximaba casi siempre al misterioso número de 150 personas. 150 es también el número elegido por muchos ejércitos para organizar sus unidades militares profesionales desde la Roma clásica hasta la actualidad. Y es que, hasta los 150, nos podemos conocer personalmente y, por tanto, monitorizar sin demasiado esfuerzo.

## LA GENERACIÓN MÁS NARCISISTA

Ese almacén moral imprescindible para asegurar la convivencia se está desmoronando debido a que hoy vivimos en el im-

perio del interés personal, en una auténtica egocracia. Para empezar, hemos abandonado la introspección moral. Más allá de la reverberación de los mandamientos cristianos en grupos sociales marginales y del débil eco de sus sustitutos laicos, no hablamos mucho de valores. Nuestra cultura popular no invita al autoexamen. Nos aleja de la circunspección facilitando una corriente, un *streaming* ininterrumpido de distracciones, tanto *online* como *offline*.

Pero nuestro gran problema es que nos hemos vuelto más narcisistas. Concretamente, un 30 % desde finales del siglo xx, según la escala psicológica estándar para medir el narcisismo. Y más entre los menores de 20 años. El 93 % de los jóvenes de hoy son más narcisistas que los de hace unas décadas. En 1976 «ser famoso» era la decimoquinta ambición (de 16 posibles) para un joven americano medio. Cuatro décadas después, la mayoría de los jóvenes sitúa la fama como uno de sus principales objetivos.

Somos menos humildes y engrandecemos nuestros logros más minúsculos, perdiendo el sentido de la medida. El periodista David Brooks relata que estaba escuchando la reposición de un programa de radio emitido originalmente el 8 de mayo de 1945, el día de la victoria de los aliados en la Segunda Guerra o *V-Day*. Seguramente no ha habido ni habrá en mucho tiempo una fecha en la que sentirse tan orgulloso de ser ciudadano de Estados Unidos pero, aunque el programa captaba la alegría desatada de la calle, los entrevistados hablaban con una tremenda modestia frente a los micrófonos de la radio: «Sí, hemos hecho algo importante, pero hay que seguir trabajando, etcétera». Brooks quedó perplejo al contrastar esa reacción moderada al acontecimiento más importante de la historia reciente de su país con las imágenes que, en ese mismo momento, retransmitían en el canal de televisión que tenía de fondo: la euforia desatada entre los aficionados de un equipo

de fútbol americano tras ganar un partido, un encuentro de temporada regular, ni tan siquiera una final o un *play-off*. Los estadounidenses del pasado se mostraban humildes ante la mayor gesta de la historia de su nación. A los estadounidenses del presente les bastaba una simple victoria de su tribu futbolera para estar exultantes.

El narcisismo nos impide calibrar la importancia de las cosas que nos afectan y nos empuja a estar insatisfechos con la vida. Hemos perdido la medida de las cosas y la vida se ha convertido en una competición constante contra nosotros mismos y contra los demás. Incluso aquellos que se hallan en la cúspide, cada día más estrecha, de nuestra pirámide social, están crecientemente incómodos. En lugar de disfrutar de sus privilegios, se sienten atrapados por una meritocracia asfixiante. Los padres y madres de las clases medias-altas trabajan más y más horas para tratar de asegurar la entrada de sus hijos e hijas en guarderías de élite que maximicen las probabilidades de entrar en una escuela primaria de éxito, y así sucesivamente hasta completar un máster universitario excelente. Y los pequeños sufren una presión constante. En Estados Unidos muchos estudiantes ricos empiezan ya a desarrollar más problemas de alcoholismo y drogadicción que los pobres. Un estudio en uno de los institutos de bachillerato más exclusivos de Silicon Valley reveló que más de la mitad de los estudiantes tenían síntomas moderados o severos de depresión, y cuatro de cada cinco padecían ansiedad.

## PERDER LA TRASCENDENCIA

El egocentrismo narcisista propio de nuestra época es el resultado de un doble programa ideológico: el de la nueva derecha y la nueva izquierda que empezaron a surgir en los años seten-

ta y se han consolidado en este siglo. Ambas ideologías pecan de lo mismo: fomentar un excesivo individualismo. La nueva derecha, un individualismo económico, y la nueva izquierda, un individualismo cultural. La nueva derecha nos ha dado licencia para enriquecernos como queramos, obviando los deberes hacia nuestra comunidad, y la nueva izquierda nos ha concedido licencia para adoptar la identidad cultural que queramos, evadiendo las obligaciones hacia los otros. Hemos perdido las metas trascendentes que tamizaban el egoísmo individual en las dos ideologías: el cristianismo en la derecha y el patriotismo en la izquierda. Como consecuencia, nos hemos entregado todos a un individualismo rampante, destructivo con la comunidad y con nosotros mismos.

La derecha neoliberal ha matado a Dios. Y, en su lugar, ha colocado en el altar al *homo economicus*. La derecha ha pasado de defender la compasión y el ideal de justicia social de la democracia cristiana a justificar el *laissez faire*, el *greed is good*, la avaricia es buena. Con la excepción de Angela Merkel, en nuestra era escasean los líderes conservadores y cristianodemócratas de fuertes convicciones, como De Gasperi, Adenauer o Churchill. Ahora, triunfan los oportunistas, de Berlusconi en los noventa a Boris Johnson o Trump. La derecha ha perdido a Dios: los valores trascendentes que impulsaron a los democristianos europeos a construir el Estado de bienestar, y a los republicanos en Estados Unidos a promover un «capitalismo compasivo», en el que los empresarios sentían la responsabilidad moral de, tras enriquecerse, devolver a la sociedad lo que esta les había dado. Desde los años setenta, ese dios democristiano ha sido sustituido por las ideas de intelectuales neoliberales, como Milton Friedman o Friedrich Hayek; o para ser más precisos, por la perversión de esas ideas por parte de otros autores menos brillantes y más radicalizados. Promoviendo la ley de la selva, la derecha neoliberal se ha cargado la idea de



que los miembros de una sociedad formamos una comunidad económica.

Mientras tanto, la izquierda cosmopolita ha matado a la patria, la idea de que los ciudadanos de un país constituimos una comunidad cultural. La patria laica para la izquierda era el equivalente de Dios para la derecha: un ideal trascendental. Pero la izquierda de ahora, en lugar de enfatizar lo que une a los miembros de una nación, sus valores y tradiciones, ha abrazado un difuso cosmopolitismo apátrida. El credo religioso o patriótico ya no articula nuestra educación. Cada uno de nosotros elige en completa (y, en el fondo, irreal) libertad sus propios valores.

Si la derecha ha estado promoviendo durante décadas la ley de la selva en lo económico, la izquierda ha estado defendiendo una ley de la selva en lo cultural. Si la derecha justifica que la gente se enriquezca en completa libertad, sin atender a obligaciones hacia la comunidad, el medioambiente o los usos y costumbres de generaciones anteriores, la izquierda fomenta que el individuo adopte sus valores culturales en completa libertad, sin tener en cuenta las tradiciones de generaciones anteriores. Tanto la una como la otra nos han ido quitando los frenos morales, las obligaciones que nos unían a la comunidad, dejando en su lugar un hiperbólico *yo*. Hemos matado a los viejos dioses y, como resultado, nosotros nos hemos endiosado.

## ENDIOSAMIENTO COLECTIVO

Este endiosamiento tiene consecuencias a todos los niveles, de la ética a la estética. La producción artística contemporánea, desprovista de referencias a lo trascendente (en literatura, música, pintura o cine, no ha existido época en la historia con

menos menciones a Dios), transita entre la superficialidad liviana y la depresión existencialista, entre la embriaguez del entretenimiento perpetuo y la soledad eterna del espíritu. Pero serán los críticos de arte quienes tendrán que evaluar, seguramente cuando tengamos algo más de perspectiva, los logros estéticos de nuestra época.

Lo que quiero explorar aquí son las consecuencias éticas del endiosamiento colectivo y cómo amenaza los dos pilares fundamentales de nuestras sociedades modernas: la democracia (es decir, un mercado justo y equitativo de políticas) y el capitalismo (es decir, un mercado justo y equitativo de bienes y servicios). Porque estos dos inventos, la democracia y el capitalismo, no son creaciones nuestras, sino el legado de una visión del mundo distinta a la dominante hoy, una concepción moderada, no exaltada, del individuo. Una concepción donde el individuo se debe a obligaciones externas: códigos deontológicos y profesionales en el trabajo, y vínculos con la comunidad, con las generaciones anteriores y con lo trascendente en la vida privada.

Hoy, el individualismo se ha radicalizado. Todos hemos comprado el argumento de que tenemos que librarnos de los deberes hacia los demás. Te lo venden en la escuela, en el diván del psicólogo, en la televisión y en las redes sociales. Pero los responsables no son ellos por ofrecerlo, sino tú por adquirirlo. Antes de echarle las culpas a otro, *busca al enemigo dentro de ti.*